

Con la camiseta puesta

En su última novela, Camisa limpia, el novelista chileno se juega una vez más por sus ideales de libertad y dignidad humanas.

Ana María Larraín

PUDIERA pensarse que los años de silencio literario desatan la lengua llegado el momento de publicar. En el caso de Guillermo Blanco, lo anterior es solamente una verdad a medias. Porque si los bríos con que asume en su nueva novela la defensa de una causa (ajena en su forma religiosa, pero cercana en su núcleo más íntimo) pueden incluso escandalizar al lector ortodoxo, el uso de un lenguaje cuidadosamente pulido y recatado, hecho más bien de silencios y sugerencias que de claridades verbales, cautiva desde el primer momento a quienes deciden, contra viento y marea, seguir adelante con la aventura.

Bajo un título transparente, tan incontaminado como el lenguaje que conforma esta *Camisa limpia* (Edit. Pehuén, 1989, 243 págs. \$2.800), el rostro del médico judío Francisco Maldonado va adquiriendo vida, color y brillo por detrás del hermoso retrato de Velázquez que sirve de carátula al libro. A la siga de sus pasos se advierte, desde un comienzo, la sombra sigilosa de la Inquisición, ensañada primero con la fe de su padre -que abjuró de ella por un miedo en el que no hay, cosa rara, vergüenza- y después con la suya propia. Fe que conoció y aceptó, en verdad, llegado el momento de la madurez.

La época es, desde luego, el siglo XVII, y el lugar en que se desarrollan los hechos, la América Hispánica. Concretamente, Perú y Chile en la aparente modorra del período colonial. Por debajo late, sin embargo, la violencia soterrada de una intolerancia religiosa que, aunque no aparezca explícitamente juzgada por la actitud en principio imparcial de su autor, termina por imponer deleznales matices a partir de la disposición misma de los elementos narrativos. De esta manera se produce, entonces, un desequilibrio en la objetividad del planteamiento autoral, puesto que, por un lado, se ubican los "buenos" de la película (en este caso, los judíos perseguidos por su fe religiosa) y, por otro, los "malos", es decir, los perseguidores cristianos que buscan cautelar de este modo -equivocado, por decir lo menos- la verdad de su Verdad. Aquellos terminan, como es de esperar, en el martirio, en tanto éstos permanecen impunes por obra y gracia de su poder político. No obstante, la libertad interior y, por ende, la auténtica dignidad, son privilegio de las víctimas (Francisco), mientras los otros se recubren, en el juicio lector, por el oprobio de la injusticia.

El juego se da sin medias tintas y lo corrobora la presentación unilateral de los protagonistas, como asimismo las situaciones en que ellos se ven envueltos. Y esto constituye, claro, el único defecto de estructura de esta hermosa novela. Una novela que, en las tres partes que la conforman, está siendo permanentemente armada a su vez en otro doble juego, ahora sí eficaz desde un punto de vista técnico: por una parte, se escucha la voz inalterable, monótona de la historia -extraída textualmente de las crónicas en las que se basó el relato-, y, por otra, la voz dinámica, viva y polifónica del narrador básico, enriquecida de cuando en vez por la del propio Francisco.

Hay momentos de exultación y de pasión; hay momentos de oscuridad y de luz. Entre los más impactantes, probablemente, aquel en que el protagonista desecha su posibilidad de liberarse en lo físico, escapando de la prisión, para escoger la única libertad verdadera que es la interior. Y si del inmenso poder de la palabra deriva también la condena o la salvación, Guillermo Blanco recurre a su dúctil manejo del verbo para trabajar con la locuacidad del silencio, con la exactitud intelectual-afectiva del diálogo y, sobre todo, para sugerir la complejidad que se esconde tras la simple simpleza.

Escrita desde una perspectiva actual que impide tal vez la comprensión rigurosa de una mentalidad y un período negro en la historia de la Iglesia -mas no, de ninguna manera, de la fe cristiana en su médula-, *Camisa limpia* tiene, sin embargo, suficientes méritos como para dejarse abordar con interés y renovado asombro.

El asombro de que alguien se ponga limpiamente "la camiseta" por ese valor desmedrado, cual es el de la libertad interior. ■

